

Jerusalén en la razón y en el corazón

LA explosión de violencia que tiñó de sangre la explanada sagrada de Jerusalén y otros lugares de Palestina puso de manifiesto de manera dramática los odios acumulados y heredados en las familias hebreas y árabes, la arrogancia del LIKUD, la temeridad de Israel y de la autoridad palestina para acercarse a una paz de mínimos. Todos los proyectos, laboriosamente hilvanados, se han desvanecido hoy ante la provocación calculada de Sharon y se desvanecerán mañana ante un nuevo asentamiento judío o un nuevo atentado de Hamas. En el asunto de Jerusalén es demasiada la pasión, demasiados los intereses y, por tanto, demasiada la fragilidad. No obstante el pesimismo a corto plazo, es necesario que nuestra mirada emerja de la ciénaga del momento y que analicemos la evolución lógica de la cuestión de Jerusalén, más allá de una o varias **intifadas** y de uno o varios excesos de la represión israelí.

La cuestión de Jerusalén es casi tan antigua como la ciudad: asediada y destruida en varias ocasiones. Odiada y deseada con pasión, destino de cruzados, peregrinos y conquistadores, su atractivo para cautivos y dispersos de todas las diásporas fue cantado desde el poeta bíblico que compuso los **Cánticos de Sión** (Salmos 46, 48, 76, 84,

87 y 122) hasta el **Oh Jerusalén de Dominique Lapierre**. La cuestión de Jerusalén es compleja y su solución debe tener en cuenta sensibilidades religiosas, étnicas, sociales y políticas diferentes y opuestas. Un compromiso duradero no parece, hoy por hoy, posible. Jerusalén no es sólo un problema de Oriente Medio ni sólo el nudo del enfrentamiento árabe-israelí; es un problema global, que afecta a la paz mundial y a la libertad religiosa y cultural de toda la humanidad. La lógica global exige caminar en una dirección, pero las lógicas hebrea y árabe se oponen a ella y se contraponen entre sí. Las razones de las partes se construyen sobre densidades afectivas muy fuertes que, con frecuencia, las convierten en sinrazones.

La cuestión religioso-cultural

JERUSALÉN es una encrucijada de civilizaciones superpuestas y no siempre estructuradas, cuya vinculación con la ciudad es, sobre todo, cultural y religiosa:

- Los judíos constituyen la mayoría relativa, pero, en contra de la creencia común, están muy divididos. Entre **akenazíes** y **sefardíes** hay abismos culturales mayores que entre un akenazí y magrebí. Ortodoxos y seculares propugnan proyectos políticos incompatibles. Adinerados y humildes están entre sí muy distanciados. Sobre todas estas diferencias se impone el sello unificador de la defensa de los **lugares de la memoria hebrea** acumulados en la ciudad: el Monte del Templo, el Muro de las Lamentaciones, la tumba del rey David, el canal de Ezequías, las cuatro sinagogas sefardíes del siglo XVI. Esta memoria ancestral confiere al Gran Rabinato de Jerusalén (moderna sinagoga de **Heckhal Shelomo**) una gran autoridad religiosa y política.

- *Los árabes musulamens son la segunda mayoría y constituyen, sin duda, el grupo étnico más homogéneo. Toda la **umma** o comunidad de musulmanes tiene también en Jerusalén **lugares de la memoria islámica**. Es el lugar donde la tradición supone que ascendió Mahoma al cielo y es el lugar de **Al-Aqsa** o «Mezquita de la Roca», construida en el siglo VII, con todo el fervor del Islam naciente, por el califa **Abd-al-Malik**. Jerusalén es, después de La Meca, la ciudad más santa del Islam y los creyentes más fervorosos tratan de completar la gran peregrinación a La Meca (**hajj**) con la peregrinación a Jerusalén (**tadquis**).*
- *Los cristianos son muy minoritarios, menos del diez por ciento sobre una población de 650.000, y representan todo el variopinto espectro de confesiones, ritos e instituciones: ortodoxos griegos, ortodoxos rusos, católicos latinos, católicos orientales, monofisitas, armenios no monofisitas y reformados diversos... Para todos ellos es Jerusalén el **lugar por excelencia de la memoria cristiana**: Santo Sepulcro, Gólgota, Pretorio, Cenáculo. Cada año cientos de miles de peregrinos o de turistas visitan Jerusalén seducidos por esa memoria histórica.*

LOS conflictos de convivencia entre las diversas comunidades religiosas encontraron a lo largo de los siglos soluciones más o menos satisfactorias de acomodación. En la actualidad parece que la solución se ha institucionalizado de la forma menos mala posible. El Ministerio Israelí de Asuntos Religiosos mantiene un registro de confesiones y grupos religiosos y garantiza que cada lugar santo sea administrado por el grupo correspondiente. Todos los actos religiosos pueden celebrarse con publicidad y en público. La profanación de los lugares sagrados y el impedimento del culto puede ser penado hasta con siete años de prisión. La diversidad religiosa no parece, por tanto, impedir una razonable

convivencia en espacios contiguos de credos diferentes. Lo que sucede es que el ingrediente religioso actúa, a menudo, como catalizador de propósitos políticos, lo que sí plantea serios problemas, sobre todo entre dos comunidades –judía y árabe-musulmana– con una fuerte historia teocrática a sus espaldas.

El conflicto político

***EN** 1949, al finalizar la primera guerra árabe-israelí, Jerusalén fue dividida, quedando bajo administración de Jordania (a la sazón Transjordania) la parte oriental donde se hallan la mezquita de **Al-Aqsa**, el **Santo Sepulcro** y el **Muro de las Lamentaciones**, epicentros sagrados del Islam, del cristianismo y del judaísmo respectivamente. Esta división era claramente insatisfactoria para árabes y judíos. Estos últimos declararon inmediatamente a Jerusalén como capital de Israel, abriendo un frente de oposición que se prolonga hasta nuestros días. El problema se agravó en junio de 1967 con la ocupación de Jerusalén Este por el ejército y la ulterior negativa del estado hebreo a retirarse. Esta intransigencia se blindó legalmente cuando la **Knesset** (parlamento israelí) aprobó en 1980 una ley que proclamaba a Jerusalén **capital eterna e indivisible de Israel**. Esta ley, en el contexto de la guerra fría y de la efervescencia del mundo árabe, dio origen a que las embajadas se mantuvieran o se establecieran en la antigua capital **Tel Aviv**.*

Casi simultáneamente la OLP proclamaba los derechos irrenunciables del pueblo palestino sobre la ciudad. A partir de entonces los episodios de terrorismo (atentados contra mercados y autobuses) se han sucedido sin interrupción, hasta el punto de haberse acuñado la expresión «violencia jerosolimitana». La tensión se ha

agudizado recientemente cuando el estado hebreo autorizó 132 asentamientos de **Ras al-Amud** y otros en otras aldeas árabes incluidas dentro del perímetro de la gran Jerusalén.

*La persistente acción diplomática europea y norteamericana fue echando sobre la palestra diversas fórmulas de compromiso (devolución, soberanía compartida, internacionalización), a las que se opusieron tanto árabes como judíos en una escalada de radicalización que parecía hacer inalcanzable cualquier acuerdo. Sobre todo a raíz de que los partidos religiosos israelíes, denunciaron la supuesta traición secreta de su gobierno, lograron aprobar una ley (26 de junio de 1999) según la cual para devolver territorios «vitales para la seguridad y la identidad de Israel» —y como tales son calificados los Altos del Golán y Jerusalén-Este— «se precisa la aprobación de la propuesta por mayoría absoluta en la **Knesset** (61 diputados al menos de los 120 con que cuenta la cámara) y la posterior aprobación en referéndum nacional. Esta rigidez legal hace imposible cualquier cesión del gobierno israelí y explica el fracaso de las conversaciones de **Camp David**, donde todos alimentamos fundadas esperanzas de acuerdo, que se vinieron abajo en el mismo momento (26 de junio de 2000) en el que se abordó la cuestión de Jerusalén.*

*La diplomacia norteamericana elaboró una propuesta ambigua e inconcreta, que pedía «que Israel se desprendiera total o parcialmente del control de los barrios árabes de Jerusalén». Fue considerada insuficiente por **Arafat** e inaceptable por **Barak**, debilitado en la ocasión por la desintegración de la coalición que le mantenía en el gobierno. De este modo las dos partes pudieron acusarse recíprocamente de ser los causantes del fracaso de Camp David. Un rotundo «no aceptaremos ninguna rebaja sobre la soberanía de Jerusalén-Este»,*

*pronunciado por **Abdel Rahman**, embajador de la OLP, dejaba clara la posición palestina.*

A pesar de este muro en el que se estrellan todos los intentos de acercamiento, Barak y Arafat han seguido viéndose y las negociaciones a segundo nivel no se han interrumpido ni en los momentos de mayor tensión. En los círculos diplomáticos se afirma que se está intentando un acercamiento sobre la base de que la OLP ceda a Israel algunos poblados de la Cisjordania que inicialmente debían formar parte del territorio palestino, a cambio de la soberanía compartida o de la cesión «con condiciones» a la Autoridad Palestina de los barrios árabes de Jerusalén.

El Estatuto Internacional como solución

*EN las líneas precedentes ha quedado clara la dimensión bilateral del conflicto y la dificultad de solucionarlo de manera satisfactoria en esa dimensión. Aun en el poco probable caso de que Arafat y Barak llegaran a un acuerdo, la aplicación del mismo sería prácticamente imposible, pues tanto los partidos religiosos israelíes como los islamistas de **Hamad** lo boicotearían. Pero, Jerusalén es también patrimonio de la humanidad, lugar de memoria para todo el mundo y está directamente vinculada a la historia europea (los reyes de Sicilia y Nápoles conservan el título de «Rey de Jerusalén») y además es un nudo de tensión que repercute en las relaciones internacionales a escala planetaria. No cabe un solucionar el problema por confrontación étnica, pues la sociedad internacional no puede tolerar ninguna de las dos formas que el etnocentrismo tiene de liquidar problemas: el genocidio o el traslado forzoso de poblaciones: En este contexto, debe enmarcarse el conflicto de soberanía. La territorialidad compartida debería ser el*

criterio más racional y razonable para resolver la cuestión. Pero, como decíamos al principio, hay demasiado corazón mezclado con la razón.

*No nos atrevemos a afirmar que, hoy por hoy, sea posible una solución definitiva del problema. Pero sí es posible una solución de compromiso. Lo menos malo es la internacionalización de Jerusalén con garantías, para el establecimiento de una capitalidad compartida y, por supuesto, para el acceso a todos los santos lugares. La fórmula de un estatuto especial garantizado por la ONU es la más razonable. El discurso del Papa (10 de septiembre de 2000) va en esta dirección, aunque el pontífice no alude ni indirectamente a la cuestión de la capitalidad: «El carácter religioso único de Jerusalén debe ser garantizado internacionalmente por un estatuto especial que conserve el patrimonio cultural y de Jerusalén, patrimonio que pertenece a los judíos, cristianos y musulmanes **de todo el mundo**». Subrayamos «de todo el mundo», porque Jerusalén es también, de alguna manera, capital del universo.*

***E**STA solución tampoco será fácil de aplicar por la desconfianza recíproca de las partes. Los celos nacionalistas llegan hasta aspectos aparentemente sólo técnicos, como por ejemplo quién dirige una excavación arqueológica o... Pero cada vez tiene más posibilidades la postura mantenida por el Vaticano, que, incluso, puede actuar como mediador entre las partes.*